

dadanos españoles colocados bajo la salvaguardia de las leyes, asesinan de esta manera la libertad, y desmienten con el lenguaje de los hechos, el mas elocuente y expresivo que conocemos, todas las teorías que consignan en sus programas. Sin embargo, á vista de contradicciones semejantes, y recordando la historia de la revolucion española, séanos permitido repetir lo que escribia un profundo político frances: «La España, permaneciendo durante largo tiempo extraña á los grandes movimientos europeos, dominada por influencias exóticas é imaginarias, impulsada fuera de su esfera normal... está ahora donde estuvimos nosotros, tropezando en las piedras y cayendo en los escollos de donde nos hemos levantado. Segura despues de la invasion de Napoleon de su dignidad y de su fuerza de que un miserable despotismo le hacia dudar; sumida despues en los horrores sangrientos de la guerra civil, ha visto al catolicismo sobrevivir al despojo de su Iglesia, á la profanacion y al incendio de sus conventos y al asesinato de sus monjes. Las ideas nuevas de filosofia y de religion nada mas le han dado que parodias y despreciables remedos, cuyas noticias no pasaron los Pireneos sino para excitar la risa de los maestros en el arte (1).»

Tales hechos nada dicen á la verdad que sea favorable para los reformadores de España: la palabra LIBERTAD todos la entendemos, y en las Repúblicas donde se goza de la mas ilimitada, allí se abstendrian bien los que dirigen los negocios públicos de cometer actos como aquellos. «Sabeis, decia un sabio, por qué los políticos llaman á la América país de porvenir? No es precisamente porque sea ella una tierra virgen, fértil y vasta, sino porque carece de leyes que envilecen cerrando las puertas á la verdad. Tampoco proscriben el error; mas cuando este no goza los privilegios del monopolio, presto desaparece para dejar lugar á la verdad. Nuestra

(1) *Des intérêts catholiques, etc.* (M. le comte de Montalembert.)

civilizacion corrompida no puede tolerar la idea de la verdad, porque le falta el valor de la virtud. La jóven América admite uno y otro; ella vivirá (1).» Ved ahí una doctrina que no conocieron los libertadores de España al escandalizar á unos y hacer reir á otros con ese tejido repugnante de hechos contradictorios que forma la larga cadena de males que hacen pesar sobre un pueblo noble y digno por cierto de mejor suerte. La libertad no existe, ni existirá jamas donde las leyes ninguna garantía prestan á los ciudadanos, donde en nombre de la libertad son atacadas las personas y se oprime á los pueblos con enormes impuestos, donde se despojó de sus bienes á la Iglesia para enriquecer á pocos particulares, donde el derecho que el hombre tiene para vivir, ó asociado en comunidad, ó solitario en los desiertos, es perseguido hasta en las entrañas y cavernas de los montes; y donde la Religion, en fin, vejada, humillada y pisoteada por los impíos, sirve repetidas veces de blanco á los tiros mismos de una administracion que dia por dia cambia de sistema y de color político.

Una voz se levantaba en las cortes no hace mucho tiempo para combatir este desorden, y luchando con espíritus tan faltos de principios como abundantes en preocupaciones, y tan llenos de ignorancia como de presuncion: «La reaccion religiosa, decia, es el elemento que salva á los pueblos conmovidos, y humilla las pasiones exaltadas que les conduce á su ruina... Si nace la reaccion religiosa, vereis, señores, como á medida que sube el termómetro religioso, natural, espontáneamente y sin esfuerzo alguno de parte de los pueblos, empieza á bajar el termómetro político, hasta marcar el hermoso dia de la verdadera libertad de las naciones (2).»

Los dos mas grandes políticos que ha producido España

(1) *De la liberté et de l'avenir de la République française.* (M. Rendu.)

(2) *Cartas y discursos, etc.* (Donoso Cortés.)



tas y de sus honores, agotaba sus escasos recursos, para aliviar las desgracias de un pueblo agobiado bajo el peso de las calamidades (1); jamás brilla tan bien la magnanimidad cristiana como cuando las miserias de nuestros semejantes dan lugar á rasgos tan hermosos como este.

No es mas próspero el estado del catolicismo en Portugal que en España: allí como en esta existen aun muchos hombres que viven de esas ilusiones que la filosofía y las luces de la época que atravesamos destierran de los otros países. Partiendo de este punto, nada debemos extrañar el yugo humillante que ha soportado allí la Iglesia, ni las calamidades á que ha vivido sometida largo tiempo. El Portugal ha seguido regularmente los mismos pasos que la España; en las escenas de la guerra civil y religiosa ambos tienen poco mas ó ménos la misma fisonomía. Mas los sucesos graves relativos al cisma de Goa, han dado un fuerte sacudimiento al espíritu católico adormecido en el territorio portugues. La India, posesion portuguesa en otro tiempo, recibia obispos que nombraba el Papa á presentacion del rey fidelísimo, que les dispensaba su proteccion, dotaba sus catedrales con magnificencia, y llenaba todos los compromisos que habia contraido con el soberano Pontífice, al otorgarle aquella prerogativa; mas cuando aquellas causas cesaron, cuando otra nacion es dueña de la mayor parte de la India, cuando el Portugal ni puede proteger, ni nada concede para tantos obispados católicos, que se han erigido en aquellas vastísimas regiones, pretender los derechos de patron, ni era justo ni debido. La conducta de un obispo fomentó el espíritu cismático que abrigaban ya algunos Portugueses; pero cuando en el parlamento llegaron á sentarse proposiciones poco católicas, cuando algunos de sus miembros propalaron doctrinas ofensivas á la jurisdiccion divina del Sumo Pontífice, un grito de horror resonó en todo Portugal: los obispos y las dignidades, el clero

(1) El Sr Conde de Montemolin.

y el pueblo, los nobles y los plebeyos: « Nosotros, dijeron, somos católicos sinceros, y queremos vivir unidos á Roma; moriremos ántes que separarnos del Vicario de Jesucristo y único centro de la Iglesia cristiana; protestamos contra los que extravían la nacion obrando en contra de su voluntad, de sus opiniones y de sus verdaderos intereses (1). »

Esta conncocion general puso en transparencia los verdaderos sentimientos que conserva la inmensa mayoría de la nacion portuguesa: los que se proponian extraviarla se sintieron detenidos, y el obispo mismo, que pudo contribuir quizá sin pensarlo á abortar un cisma, se humilló delante del Vicario de Jesucristo y retractó sus errores. ¡Quiera Dios sea este el principio de la bonanza que haga brillar de nuevo el esplendor que ostentó la Iglesia de Portugal en los bellos dias de Bartolomé de los Mártires y Alejo de Meneses!

(1) *Manifesto de la Nação*, 1853.





en nuestros días, Bálmes y Donoso Cortés, combatieron por esta misma idea. Bálmes, jurisconsulto, filósofo, historiador, y sobre todo político profundo, con su vasta capacidad y luminoso entendimiento, manifestó que la libertad de los pueblos y la solidez de los gobiernos no podían asegurarse con teorías ni doctrinas exageradas, sino tan solo fundadas sobre la verdad y la justicia; manifestó también que las doctrinas del catolicismo eran la mejor salvaguardia de los derechos de los pueblos; y que la España jamás fué tan libre como cuando dominando el espíritu católico en los consejos de su gobierno y en las altas regiones de su política, un simple religioso levantaba sin algún obstáculo su voz para decir al rey en un libro que dedicaba á él mismo: « El soberano no domina á sus súbditos como á esclavos á manera de los tiranos, sino que los gobierna como á hombres libres, y habiendo recibido del pueblo la potestad, cuida muy particularmente que durante toda su vida se le conserve sumiso de buena voluntad (1). » Oigámosle desarrollar su pensamiento á este respecto: « Arraigar profundamente en los ánimos la religión y la buena moral, hé aquí el primer paso para prevenir las revueltas y la desorganización; cuando aquellos sagrados objetos predominen en los corazones, ningún recelo deben causar la mayor ó menor latitud de las opiniones políticas. Los daños de la sociedad no dimanen principalmente de las ideas ni de los sistemas políticos; la raíz está en la irreligión, y si esta no se ataja, será inútil que se proclamen los principios más rígidos de gobierno (2). » A Bálmes hasta hoy nadie acusó de retrógrado, nadie negó sus talentos, ni nadie dudó que era liberal tanto cuanto el Evangelio inspira: los liberales mismos han honrado su memoria á una con los pueblos que mandaban diputaciones que les representasen en el acto de inaugurar el magnífico monumento

(1) *De Rege, etc.*, lib. I. (Mariana.)(2) *El protestantismo, etc.*, tom. II.

que le alzó Vich, su patria. Donoso Cortés no lo era ménos, y sin embargo sus opiniones á este respecto fueron las mismas que las de Bálmes, como tantas veces y con tanta nobleza y energía lo manifestó de palabra y por escrito en las cortes y por la prensa. ¡Ojalá los políticos de España aprovechen las luces que derraman en su patria y en todos los países civilizados los escritos de estos dos hombres eminentes!

Antes de salir de España quise visitar uno de los lugares más famosos del cristianismo, y al que corrieron en otro tiempo gentes de todas partes para venerar el cuerpo del primer Apóstol de los Españoles. Pero la basílica de Santiago no es hoy lo que ántes fué: la magnificencia que decoró en siglos pasados la tumba del Apóstol ha desaparecido, y del mismo modo la afluencia de peregrinos que venían á visitarla representa apenas la sombra lijera de lo que en otro tiempo fué. Los despojos sacrílegos y los atentados cometidos contra el Santuario dejaron por todas partes estampado su rastro siniestro, y es lo primero que percibe el que visita esta basílica como todas las otras célebres de España. Á los recuerdos de la pompa pasada veía substituida la miseria real que afligía al pueblo gallego, cuyas cosechas se habían perdido. ¡Oh, qué cuadros tan dolorosos y patéticos presenta la pobreza en todas partes! Pero la voz que la indigencia alzó en el seno del catolicismo jamás fué infructuosa; ese clero, despojado de sus rentas, pobre y abatido, fué el primero que respondió al clamor de los infelices, el primero que corrió á tocar las puertas de los ricos, y á solicitar la caridad de todo el mundo. Por todas partes oía yo á los desgraciados recordar las porterías de los monjes, que se abrían para ellos en todas las calamidades, y por todas echar ménos los recursos que proporcionaban al pobre aquellos que hoy no existen.

Un rasgo brillante de caridad contempló entonces el pueblo español, en medio del hambre y de la miseria que afligía al reino de Galicia. Un príncipe desterrado, privado de sus ren-